



EL COLECCIONISTA DE ARCOS IRIS

Por: **Tibor Sekelj**

Traducción del Esperanto y presentación: **Manuel Angel Muñoz**

Este cuento maravilloso hace volar la imaginación. El autor no es muy conocido en nuestro medio, pero lo que realmente importa es esa comunicación que se establece entre el lector y el texto. Esta narración nos lleva al fantástico mundo del arco iris, y nos infunde el deseo de comenzar también nuestra propia colección de arcos iris. Tiene la particularidad de estar escrito originalmente en esperanto, lengua que posee todas las características de una lengua nacional y cuya literatura es ampliamente difundida en Europa y en los países orientales.

La atmósfera del compartimiento de tercera clase era sofocante. El olor a sudor se sentía en el aire. Con tristeza pensaba en todas las horas de viaje que aún me quedaban. Los temas que discutían mis compañeros de viaje no alcanzaban a atraer mi atención. Cerca de mí y junto a la ventana se sentaba una niña de inmensos ojos negros. Tendría unos diez años. En sus ojos se percibía el mismo aburrimiento que a mí también me invadía. Decidí hablarle.

En respuesta a mis preguntas, Sita -así se llamaba la niña- me contó que estaba en el cuarto año de primaria. Que tenía predilección por la geografía y que no soportaba las matemáticas. Después de varias preguntas se agotaron los temas de nuestro diálogo y hubo una larga pausa.

Busqué en mi memoria algo. Me acordé que en mi bolsillo tenía sellos de correos de diversos países y pensé que con ellos podría traer un poco de regocijo a esta chiquilla.

"Coleccionas algo, Sita?"

"Coleccionar? ... No, no tengo ninguna colección", me respondió.

Prolongado silencio. Rebusqué en mi mente algún tema que pudiera alargar nuestra comunicación.

"Y usted, señor, ¿colecciona algo? ¿De qué es usted coleccionista? La pregunta directa de Sita me dejó sorprendido. Desde tiempo atrás he venido coleccionando algo que puede caber en la imaginación. Para no complicar el asunto, tuve intenciones de decir algo que no implicara complicaciones: estampillas o tarjetas postales, por ejemplo. Sin embargo, después de unos segundos, me pareció algo muy trivial. En un instante pensé confesarle el secreto de mi vida: colecciono aventuras! Pero eso era muy abstracto y con seguridad no alcanzaría a comprenderme.

Después de unos instantes miré a través de la ventana, pensativo. Como estábamos en el primer vagón del tren, pude ver con claridad el vapor que despedía la locomotora. Los rayos del sol se abrían camino por entre el vapor y formaban a su alrededor medio círculo de arco iris.

"Arco iris" exclamé con admiración.

"¿Cómo?...¿ Colecciona usted arcos iris?", preguntó mi interlocutora abriendo más sus gigantescos ojos negros.

¿"Qué?... si, claro que sí, arcos iris. ¿Encuentras algo extraño en eso?"

Sita no sabía si creerme o no. Por debajo de sus ojos examinaba mi rostro para descubrir algún intento de risa. Pero era inútil buscarla en mi semblante.

¿"Y cómo los colecciona?" Se atrevió por fin a preguntar mi compañera.

Las ruedas del vagón con su monótono golpeteo intensificaban la atmósfera sofocante del tren. El arco iris que se formaba alrededor del vapor era también nuestro acompañante.

¿"Cómo los colecciona? Muy sencillo. Siempre que aparece uno lo meto en mi colección... Claro, si todavía no tengo ese ejemplar en mi colección".

Los ojos de azabache de Sita me miraron fijamente. Esperó. Esperaba descubrir un hecho extraordinario.

"Si, ya sabes, hay muchas clases de arcos iris... El primero que tuve era un ejemplar muy común. Fue mío cuando yo tenía cinco años. De repente dejé el juego que tenía con mi hermano mayor y con otros chicos de la aldea. Extasiado miré el milagro multicolor. Parecía tan cercano!

Mi hermano, al observar mi asombro, dijo: "Aquél que logre pasar por debajo del arco iris, mientras viaja podrá alcanzar su deseo! Parecía hablar con mucha seriedad. En ningún momento dudé de su afirmación.



Mudo, como hipnotizado, comencé mi marcha hacia esa puerta maravillosa. Me apresuré por la calle de la aldea sin quitar mi mirada del cielo, y una vez llegado a los confines de la ciudad, continué mi camino por los vastos pastizales. Me parecía que muy pronto llegaría al arco de todos mis deseos".

¿"Y logró pasar por debajo del arco iris?", preguntó Sita con impaciencia.

"No. El sol ya comenzaba a ocultarse y el arco iris fue perdiendo sus colores hasta desaparecer. Quedé solo con mi arrobamiento y embriagado miraba al cielo.

El espectáculo de aquel arco iris quedó tan profundamente grabado en mi mente, que sin vacilaciones puedo decir que es de mi propiedad. Esa fue mi primera experiencia en la apropiación de un arco iris y, por cierto, nadie puede quitármelo, pase lo que pase.

A éste siguieron otros, uno tras otro, y así fueron aumentando mi colección.

Sita estaba petrificada escuchándome. Su padre le ofrecía una naranja, pero ella la rechazó. Mi narración la mantenía muy concentrada".

¿"Y tiene usted, muchos arcos iris, señor? Y ¿cómo son?"

"Oh, sí. Pero no son demasiados, pues yo no los guardo todos. Los que son muy comunes los dejo. Sólo tomo los más extraordinarios. Por ejemplo..."

Por un momento busqué intensamente en el archivo de mi memoria algún ejemplar de mi colección que fuera sobresaliente. Aquí está por fin.



"Me encontraba en mi tierra, en una antigua ciudadela junto al mar. Después de una lluviosa mañana inesperadamente se disiparon las

nubes y, aún antes de que pudiera ver el sol, apareció en el firmamento una pareja de arcos iris. Uno encima del otro. El más pequeño era lúmpido, de intensos colores. Uno de sus lados reposaba sobre los vetustos techos del caserío, mientras que el otro se ahogaba en el mar. Y tenía razón el arco iris: durante muchos siglos los habitantes de la ciudad fueron navegantes, pescadores, piratas y marineros de muchos tipos de navíos.

Sobre esa imagen, casi formando con él un marco, se extendía el segundo arco iris. Un poco más pálido que el inferior.

Entonces, Sita, si me prometes no contarle a ninguno, te haré partícipe de mi secreto".

"Lo prometo", dijo en voz baja la niña.

Escudriñé alrededor para cerciorarme de que ninguno más escuchaba. Luego me aproximé a la pequeña.

"Imagínate", dije, "los colores del arco iris superior estaban al contrario. Todo buen coleccionista sabe que el violeta y el azul son los colores superiores, y que el rojo y el índigo se encuentran en la parte inferior. De esta manera estaban organizados en el

arco iris de abajo. Pero en el superior estaban al revés, casi como solamente fuera reflejo del otro".

Sita me miró con tristeza. En su semblante se notaba claramente que sí captaba la importancia de mi secreto.

"Y luego...?"

"Luego... con una cámara de película a colores reproduce la imagen del doble arco iris, y si no me creen les muestro la foto. O le digo a mi amiga, 'ella puede confirmarlo'".

Pero voy a mostrarte otro arco iris de mi colección", dije retomando mi historia e impulsado por el gran interés que mostraba mi amiga de piel morena.

Sucedió en las altas montañas. Con algunos amigos nos encontrábamos en una tienda de campaña, localizada en un vallejuelo entre las altas cimas cubiertas de nieve. Por la altura nos sentíamos tan sofocados que no podíamos dormir.

Después de tantas horas en vela decidimos salir de la tienda de campaña. Sentados sobre piedra en la exterior se encontraba mi amigo Jorge. Fumando observaba la naturaleza, en una noche de plenitud. La luna parecía una enorme linterna suspendida en una glaciación cercano, inundando con luz azulosa y misteriosa el paisaje rocoso. Millares de estrellas tachonaban el firmamento. El brillo era tan inmenso que nunca había presenciado semejante espectáculo. La visión era sin límites.

De repente, a ambos lados de la luna aparecieron dos llamas que se apoyaban en los montecillos cercanos al glaciación. Que espectáculo tan extraño!"

Dijo mi amigo Jorge, hombre experto en escalar montañas.

Ante nuestros ojos llenos de sorpresa, las dos llamas comenzaron a elevarse transformándose en dos columnas. Luego empezaron a formar dos curvaturas y poco a poco hicieron un arco alrededor de la luna, y finalmente el arco se empezó a llenar de colores, de todos los colores del arco iris.

El espectáculo era extraordinariamente bello. Nos detuvimos allí casi sin respiración, pero gozamos intensamente. Luego recordé que son muy pocos los hombres en el mundo que han visto un fenómeno de tal magnitud. Por supuesto que me siento orgulloso de tener semejante rareza en mi colección".

Extasiada me escuchaba la pequeña Sita. Absorbía todas mis palabras.

"Cuénteme más cosas, señor", dijo con voz suplicante cuando hice una pausa, y entonces continué.

"Pero hay en mi colección un ejemplar, no sólo insólito, sino de inestimable valor. Quiero presentarte el más significativo de todos mis arcos iris. El de más elevado precio, podríamos decir.

En un país lejano, yo solía visitar a veces un palacio imperial, famoso en ese entonces, y que ahora ha sido transformado en un museo. Todos los salones permanecían abiertos. Sólo un pequeño cuarto donde se guardaba la corona del emperador, se abría únicamente por solicitud especial de los visitantes. Después de llenar los requisitos necesarios el guardián abrió la puerta y pude entrar. De repente nos encontramos en un diminuto aposento, vacío y sin

ninguna decoración. ¿Qué pasa?, nos preguntamos, y la respuesta no demora en llegar.

Del piso, en medio del cuarto, empezó a salir una columna cuadrangular. Cuando estaba a la altura de nuestros pechos, súbitamente los tabiques metálicos de un cofre situado en la parte superior de la columna se abrieron liberando una caja de vidrio. Allí estaba la corona.

Sí, realmente, frente a ojos aparecía la corona dorada del emperador, con innumerables incrustaciones de brillantes joyas. Los más bellos rubíes y los más bellos zafiros, uno detrás de otro, como formando una fila. Y también un sinnúmero de perlas gigantesas como nunca se habían visto antes.

¡Qué banquete visual tan hermoso! Pero la gema de más alto valor se encontraba en el centro de la corona. Un inmenso brillante. Nunca había yo soñado en algo similar. Yo ya no recuerdo si el nombre que tenía era Orlov o Kohinor, pero de lo que sí estoy seguro es que era el brillante más grande del universo.

De pronto sucedió lo inesperado. Por un agujero en la cortina que cubría la ventana entró un rayo de luz y tocó la corona, preci-



samente en el descomunal diamante. Simultáneamente centenares de delicadas estrías de arco iris cubrieron los muros y el techo del cuartito. Y ya no nos encontramos en el pequeño cuarto gris y sin adornos sino en medio de un lujoso salón con centenares de diminutos arcos iris que agigantaban las dimensiones del lugar y creaban el ambiente propicio para contemplar la corona imperial.

Aquí tienes, Sita, el más extraordinario de mis arcos iris. Y debo confesarte que para mí tiene más valor que el mismo brillante. Porque si fuera el dueño de la piedra preciosa siempre tendría el temor de que me la robaran. Y con esa joya no podría aumentar mi rica colección de arcos iris".

"En verdad, señor, creo que usted es muy rico. Realmente le tengo envidia".

"Oh, no, pequeña, no digas eso", dije rechazando con una sonrisa la lisonja. "Tal vez algún día tú misma puedas formar tu propia colección, y ser aún más rica que yo".

"Pero no creas", dije después de una pausa, "que todos los arcos iris de mi colección son de tanto valor. Hay algunos que coleccioné por extraños. Entre ellos hay, por ejemplo, uno que es cómico".

"Cómico? ¿Cómo es posible que un arco iris sea cómico? Cuénteme, señor".



"Voy a contarte como sucedió. Yo dormía en el mismo cuarto de mis padres. Era temprano en una mañana de verano. Por una hendidura junto a la cortina penetraron en mi cuarto unos rayos de sol que con luz tenue de color naranja inundaron el lugar. Estaba de espaldas en mi lecho cuando inesperadamente observé en el techo franjas de luz multicolores. Después de mirar por algún rato comprobé que se trataba de un arco iris real, en el cual se dibujaba una secuencia de montecillos que impedían la aparición de algunos colores.

Quería saber lo que ocurría, miré alrededor buscando la fuente de tan extraño arco iris, pero fracasé en

mi intento. Traté de hacer deducciones lógicas por la dirección de la luz. La búsqueda de un mueble con bordes dentados también fue inútil, por mucho tiempo permanecí recostado sin poder dormir, devanándome los sesos.

En cierto momento se despertó mi madre y eso cambió todo.



En su primer movimiento estiró el brazo hasta la mesita de noche, tomó del vaso con agua su dentadura postiza. Durante esa operación desapareció del techo el arco iris, luego volvió a aparecer vivamente ondulado, pero esta vez sin la serie de montecillos. Allí está la solución de mi enigma: un arco iris jocoso creado en el vaso de agua y bordeado por los dientes postizos!".

Mi compañera de viaje ya había empezado a reírse antes de terminar el cuento. Adivinó el final y eso la divertía. Reímos juntos.

"Señor" dijo la niña después de un momento. "Me gustaría coleccionar arcos iris".

"Verdad?"

"Oh, si, me encantaría comenzar así... Pero ¿cómo sería el comienzo? Para usted fue muy fácil, ya tenía un hermano!".

"Cómo empezar? Sí, ahí está la dificultad", dije pensativo. "Sin embargo, tengo una idea, Sita. Mira por la ventana.

Nos inclinamos a través de la ventana, y le mostré con el dedo el arco iris que fielmente acompañaba

el vapor de agua bajo la locomotora. Cuando Sita lo vió salió de su garganta un grito de alegría.

"Te gusta, Sita? ¿No crees que es el apropiado para comenzar con él tu colección?"

"Qué hermoso es. Me gustaría con ese arco iris empezar mi colección, pero ¿cómo?"

"Mira te digo cómo. No cambies de lugar para que solo tú puedas verlo. Te prometo no mirar más por la ventana porque el sol pronto se ocultará sólo para tí. El primero de tu colección"

"Que buen corazón tiene usted, señor. Pero entonces este bellissimo arco iris faltará en su colección".

Ligeramente agité mi mano frente a mi cara:

"No te preocupes por mí, amiga, ya no lo necesito. Tengo una parecido en mi colección".

Durante media hora miró Sita fijamente por la ventana. En su rostro se percibía una intensa concentración. Si, ese proceso de empezar a poseer el primer arco iris siempre va acompañado de convulsiones síquicas. A veces aun de dolores físicos.



De pronto el padre de Sita la tomó por el brazo. Ya habíamos llegado a la estación donde ellos debían abandonar el tren. Nos dijimos adiós. Mi amiguita resplandecía de la felicidad.

Desde aquel momento siempre miro por la ventana del tren cuando viajo. Desearía mucho ver de nuevo un arco iris así para ponerlo en mi colección.

Porque, como usted puede imaginarse, ese arco iris no lo tengo todavía en mi colección. Le mentí a Sita únicamente para que ella pudiera aceptar el regalo sin dolor en el corazón.